

dilatarlo, ya que éste puede pensar y sentir como hicieron otros. De aquí el interés del estudio de las literaturas extranjeras. Si ya es algo maravilloso que un hombre pueda trasladarse al alma de otro hombre mediante la obra literaria, ¡cuánto más no será que pueda comprender el alma de una nación o de una raza, reflejada en sus producciones! Se hace necesario, pues, el estudio no sólo de la literatura patria, sino de la literatura universal o de algunas literaturas extranjeras.

Además de las ventajas que ya hemos citado, con su estudio se logran establecer relaciones humanas muy importantes para la historia de la cultura se perciben influencias curiosas y aleccionadoras, y en un sistemático estudio de comparaciones se llega a consecuencias que pueden beneficiar la comprensión entre los distintos pueblos.

\* \* \*

En esta serie de estudios empezamos por la literatura alemana. Prescindiendo de obras menores, vamos a fijarnos en las que representan una serie de hitos a lo largo de los siglos, y cuando la mirada se dirige atrás, quedan como monumentos que atraen su atención.

La canción de los Nibelungos, compuesta hacia fines del siglo XII, es una epopeya nacional y popular que reúne dos temas: el mito de Sigfredo y la destrucción del reino de los burgundios por los hunos. Como dice Enrique Heine en su *Literatura alemana*: «Allí reina todavía toda la manera de sentir y de pensar que precedió al cristianismo en Germania; allí la fuerza brutal no ha sido aún mitigada por la caballerosidad; allí aparecen como imágenes de piedra los rudos campeones del Norte y la luz tierna y el soplo dulcificador del cristianismo no penetran aún las armaduras de acero.» Las leyendas

heroicas de los germanos, las sagas primitivas nórdicas, han entrado a formar parte del cantar de gesta, donde se enaltece principalmente el heroísmo individual, las hazañas portentosas y las venganzas trágicas. Como la canción de Roldán en Francia o el Poema del Cid en España, el Cantar de los Nibelungos representa la epopeya de Alemania.

Frente a este paganismo magnífico, selvático e impresionante, va haciendo su obra «el amor cortés», invención sutil de la corte de Provenza. Los antiguos y rudos campeones son ahora caballeros cortesés y enamorados, que cavilan por agradar a su dama, son cristianos instruídos que aspiran al perfeccionamiento exterior. Y surgen las novelas de caballería, inspiradas en obras francesas, donde el caballero sufre mil aventuras y privaciones por amor a una hermosa señora, y la caballería a «lo divino», donde asimismo por amor a Nuestro Señor Jesucristo y por el ejemplo de sus sufrimientos, el caballero está dispuesto a todo.

Así, Hartman von Aue, en el siglo XIII, escribe *Erec e Iwein*, historia de dos enamorados, y dos poemas religiosos, *Gregorius* y *El pobre Enrique*, en que un caballero leproso es curado por una doncella que se sacrifica. La piedad y el sacrificio envuelven en un cendal dorado las narraciones cristianas, aunque el lector, experto a veces, pueda percibir algo de la antigua rudeza germánica.

Wolfram von Eschenbach, hacia 1200, compone *Parsifal*. Este caballero va en peregrinación en busca del Santo Grial, para que los cristianos lo conserven y puedan venerarlo. Su idealismo caballeresco le lleva a través de tierras, y toda su aventura es una simbólica búsqueda del Alma hacia la perfección.

Gottfried von Strasburg escribe el *Tristán*, donde la inmortal pareja de amantes, Tris-